

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE OVIEDO 31 de marzo de 2009

Por D. Raúl Berzosa Martínez
Obispo Auxiliar de Oviedo

Excelentísimas autoridades eclesiásticas y civiles,
queridos Hermanos Mayores de las Cofradías,
Hermanos cofrades y fieles ovetenses,
¡Bienvenidos seáis todos!!

Obertura:

Semana Santa es todo menos folklore, tradición rutinaria, leyenda o mito. La semana Santa nos habla de la pasión de un hombre real, de carne y hueso, Jesús de Nazaret y, al mismo tiempo, de un Dios-Hijo, anonadado, hecho, por nosotros tierra de nuestra tierra, sangre de nuestra sangre, dolor de nuestro dolor, muerte de nuestra muerte y, en el horizonte, resurrección personal y esperanza cósmica.

En Semana Santa, recordamos, revivimos y celebramos a Jesús el Nazareno en los últimos momentos de su historia terrena entre nosotros. Un acontecimiento histórico sucedido hace más de 2000 años.

En la Semana Santa se encierra el secreto de todo el dramatismo del mal y del sufrimiento del mundo y de la historia de la humanidad. Y, a la vez, su esperanza más firme.

Desde siempre se ha afirmado, y particularmente en la historia del pensamiento y de las religiones, que el mal y el sufrimiento son un “problema ozeós”, es decir, algo que está ante nuestros ojos y nos quita la luz. El mal y el sufrimiento aparecen como lo que no debería ser y, sin embargo, es. En nuestro días, y en relación al cristianismo, el mal y el sufrimiento no son sólo cuestión de pérdida de fe (ateísmo) sino de antiteodicea (lucha contra Dios) .

En un reciente libro de literatura, un ateo, plantea de esta manera el tema del mal y sufrimiento: *“A mí lo que me preocupa no es lo que pasó en épocas pasadas, sino lo que vivimos hoy. ¿Por qué ahora Dios, si existe, permanece tan oculto y discreto?... Que pueda mirar sin inmutarse el sufrimiento de los inocentes, es simplemente intolerable... Un sólo niño que grita de dolor pesa más en la balanza de argumentos contra Dios que todas las bibliotecas teológicas de la tierra... Si Dios existe, ¿cómo puede soportar todo esto sin mover ni su meñique? Más aún, ¿se puede creer y orar después de Auschwitz, Kosovo, Ruanda, Mozambique?.”* - Respondemos, sí. Porque allí también se creyó y se oró...a la luz del Crucificado. El nóbel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, encontró escrito en su prisión, “Dios no mata”. Estas palabras quedaron grabadas para siempre en su corazón.

En la Semana Santa, se nos recuerda que la pasión es la memoria viva de un acontecimiento que perdura y sigue encontrando eco. Porque en ese condenado a muerte absurda e injustamente, en ese pueblo judío, estábamos todos. Dando fuerza al cobarde Pilatos para firmar la injusta sentencia. Levantando las manos del verdugo para descargar con fuerza los golpes. Riendo y gritando con el pueblo y las autoridades, levantando testimonios falsos con los letrados y notables, saboreando culpablemente con ellos la farsa del poder. Estábamos allí con las gentes del pueblo, pasivas y curiosas, llevadas por sentimientos viscerales mientras el justo cargaba con el madero. Estábamos con el mal ladrón, blasfemando nuestro dolores y desgarros interiores, lanzando contra

el cordero inocente nuestros propios delitos. Estábamos con los soldados que se repartieron y sortearon lo único que poseía y le quedaba a Jesús, antes de desnudarse del todo: una blanca túnica. Estábamos con quienes le cosieron con clavos y dieron a beber vinagre, cuando sólo pedía agua. Estábamos en el encuentro entre madre e hijo, camino del monte de la calavera y a los pies, en el patíbulo; y también con aquel verdugo que le traspasó el costado con su lanza. Estábamos con la masa que sintió temblar su corazón cuando a eso de medio día, dando un fuerte grito, el Hijo de Dios expiró. Y la tierra tembló, y las tinieblas cubrieron todo y el Velo del Templo se rasgó en dos.

Sí, no exagero. Allí estábamos todos. Hace 2000 años, en la capital del pueblo hebreo, en el drama de un condenado a muerte, se concentraba toda la historia de la humanidad: la pasada, la presente y la futura. Porque ese condenado, ese hombre era más que un hombre: el Hijo del eterno Padre. Esa madre era más que una madre: la sierva del Señor, el modelo y espejo de la humanidad. Ese drama era mucho más que un drama: era el centro y sentido de la historia, de nuestra historia, personal y colectiva.

Por eso, la Semana Santa es mucho más que un símbolo nostálgico del pasado. Es identidad, resistencia y provocación en medio de nuestra cultura del olvido y de la increencia, del fragmento postmoderno o del endiosamiento neoliberal. Es todavía, y sobre todo, el reconocimiento agradecido de un pueblo a su Señor que quiso comprarnos a precio de humanidad y sangre para darnos esa Vida que salta más allá del drama cotidiano hasta la eternidad.

Este año, el pregonero no desea hablar con sus palabras, sino dejar que el mismo Señor de la Semana Santa, Jesucristo, hable con las suyas. ¿Qué nos dice hoy el Justo, injustamente ajusticiado? – Lo mismo que dijo en su día: sus siete palabras. Permitidme, pues, que este pregonero proclame el pregón de Semana Santa, glosando y actualizando las siete palabras del mismo Jesucristo.

Primera Palabra: Llegados al lugar llamado Calvario le crucificaron a él y a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Jesús dice, en su primera palabra, que estos hombres no saben lo que hacen. Y el caso es que saben muy bien su oficio. Manejaban a la perfección los maderos, los clavos y el martillo. Eran técnicos en crucificar pero no eran conscientes de la gravedad de lo que estaban haciendo. No sabían lo que hacían.

Palabras de un Dios hecho hombre. La kénosis, el anonadamiento divino, se hace patente en esta primera palabra. Porque, con palabras de San Gregorio de Nisa, “la altura brilla en la bajura, sin que por ello la altura quede rebajada”. Esta es la belleza sublime que no sabemos contemplar.

No sabemos descubrir, en nuestra vida las cuatro pasiones de Cristo al mismo tiempo: la pasión, primera en carne del Hijo de Dios, celebrada sacramental y litúrgicamente; también la pasión en el alma de cada fiel, que experimenta el corazón traspasado y, al mismo tiempo rebosante, al contemplar al Nazareno en nuestras calles identificándose con el varón de dolores; la tercera pasión se refleja en el arte: piedras, lienzos, maderas, escayolas, telas para el noble servicio de perpetuar lo sucedido en Jerusalén hace 2000 años. Pasión en el arte, con nombre o anónimos, inmortalizada en los pasos procesionales que estos días recorrerán nuestras calles. Y, finalmente, pasión en la historia o pasión continuada: Jesús, el Cristo, sigue sufriendo, muriendo y resucitando en cada uno de nosotros, en el comienzo del tercer milenio, en esta humanidad nuestra que espera la consumación escatológica. Pascal, el filósofo, esculpió en una frase: “Jesús, hombre y Dios, estás condenado a la agonía hasta el final de los tiempos”.

Y con proféticas palabras de un escritor de nuestros días exclamamos: “Corremos el peligro de considerar la pasión de Señor como cerrada o circunscrita al “padeció en Tiempos de Poncio Pilato”. Pero hay que gritarlo: ¡¡No podemos olvidar su otra pasión: la de hoy, sufrida en los miembros dolientes de su cuerpo!! Y, hoy, tenemos que repetir: “Perdónanos, Señor, porque no sabemos lo que hacemos”.

En un muro de un campo de concentración alemán, alguien grabó estas palabras: “Señor, acuérdate no sólo de los hombres y mujeres de buena voluntad, sino también de los de mala voluntad. No te acuerdes sólo del sufrimiento que nos han infligido. Acuérdate de los frutos que hemos dado gracias a nuestro sufrimiento. Y, cuando ellos, nuestros verdugos, sean juzgados que todos estos frutos de nuestro sufrimiento sean, su recompensa y su perdón”.

Segunda Palabra: Uno de los malhechores colgados insultaba a Jesús... El otro le contesta: “Jesús acuérdate de mí cuando estés en tu Reino”. Jesús le dice: “Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso(Lc 23,43)

Le llamamos buen ladrón. Nada sabemos de su vida ni del daño que pudo hacer a los demás. Sólo sabemos que en el momento límite de su existencia se abre a Jesús con sinceridad radical.

El buen ladrón pide al Señor que se acuerde de él cuando esté en su reino. Es la oración sincera de una persona en trance de morir. Es como la mejor y más profunda oración al final de una existencia.

Nosotros somos como el buen ladrón. Toda nuestra vida buscando al Señor entre nieblas y dudas. Y, sin embargo, tenemos que decidirnos. Junto al buen ladrón hubo otro mal ladrón. Los dos eran igualmente ladrones, lo que les diferenció fue la opción fundamental, la actitud ante Jesús, la fe... y el abandono confiado

¿Cuál es nuestra actitud? ¿A qué ladrón nos parecemos más? - En esta segunda Palabra Jesús nos enseña a creer en Dios, a pesar de todo, a pesar de los avatares y contradicciones de nuestra vida. A decirle, incluso en medio de nuestros dramas y pecados: ¡ acuérdate de mí, Jesús! con la seguridad de que El nos dirá: “no temas, estoy y he estado siempre contigo.

Pero también Jesús nos enseña en esta segunda Palabra, de nuevo, y en continuidad con la primera, a ser misericordiosos con los demás, a darles una segunda oportunidad, a acoger a todos los hombres. Tú, Jesús, te sigues identificando con los crucificados de la historia por el hambre y la sed, la intemperie, la enfermedad, la guerra o la prisión.

¡¡Qué bella y acertadamente lo expresó también la madre Teresa de Calcuta!!:

Tú, eres, mi Señor, el hambre que debe ser saciado,

la sed que debe ser apagada,

el desnudo que debe ser vestido,

el sin techo que debe ser hospedado

el enfermo que debe ser curado

el abandonado que debe ser amado

el no aceptado que debe ser recibido

el leproso que debe ser lavado

el mendigo que debe ser socorrido

el borracho que debe ser protegido

el disminuido que debe ser abrazado

el ciego que debe ser acompañado

el sin voz que necesita que alguien hable por él,

el cojo que necesita que alguien camine con él,

el anciano que debe ser servido,

el perdido que debe ser reconducido”.

Os invito, como pregonero, en esta segunda palabra, a saber mirar la realidad con ojos de misericordia entrañable como el hijo de Dios supo mirar al buen ladrón, como el Hijo de Dios nos mira a cada uno de nosotros. Como el Hijo nos dice:

Si nadie te ama, mi alegría es amarte.

Si lloras, estoy deseando consolarte.

Si eres débil, te daré mi fuerza y mi energía.

Si nadie te necesita, yo te busco.

Si eres inútil, yo no puedo prescindir de ti.

Si estás vacío, mi llenura te colmará.

Si tienes miedo, te llevo sobre mis espaldas.

Si quieres caminar, iré contigo.

Si me llamas, vengo siempre.

Si te pierdes, no duermo hasta encontrarte.

Si estás cansado, soy tu descanso.

Si pecas, soy tu perdón.

Si me pides, soy don para ti.

Si me necesitas, te digo: estoy aquí dentro de ti.

Si te resistes, no quiero que hagamos nada a la fuerza.

Si estás a oscuras, soy lámpara para tus pasos.

Si tienes hambre, soy pan de vida para ti.

Si eres infiel, yo soy fiel.

Si quieres conversar, yo te escucho siempre.

Si me miras, verás la verdad de tu corazón.

Si estás en prisión, te voy a liberar.

Si te quiebras, te curo todas las fracturas..

Si estás excluido, yo soy tu aliado.

Si todos te olvidan, mis entrañas se estremecen recordándote.

Si no tienes a nadie, me tienes a mí.

Tercera Palabra: Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás y María Magdalena. Jesús viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Hijo, ahí tienes a tu madre” (Jn. 19, 25-27)

El, Cristo, desde la cruz, estaba viendo todo. Era consciente de todo. Y estaba siendo mirado por todos. Y, desde ahí, nos deja su tercera palabra.

En el Evangelio de San Juan, la madre de Jesús y el discípulo amado no son designados por su nombre propio, sino por su relación con Jesús. Lo esencial no es su nombre sino su relación con el Salvador.

Jesús dice a su madre: “Mujer, no pierdes a tu Hijo, no te vas a quedar sola. Ahí tienes a Juan; entrégate a él como a un hijo tuyo, como te has entregado a mí; él es el discípulo al que yo amo, acógelo como a un hijo por amor a mí”. Y al discípulo tan amado, Jesús le dice: “Entrégate a ella como a tu propia madre;ámala y cuida de ella. Ella es mi madre, acógela como madre tuya por amor a mí”.

Hay que subrayarlo: al pie de la cruz estaba María. También estaban Juan y algunas otras mujeres. María estaba como Madre de Jesús, el Redentor, y como Madre de la Iglesia. Estaba cosufriendo una pasión interior y real. Experimentando cómo su Hijo expiraba en oscura noche, en abandono total... Es imposible expresar lo que una madre sufrió en esos momentos. ¡ Qué terrible escena! Ella sospechaba desde el principio,

desde la presentación del Niño en el Templo, este final para su Hijo, porque fue signo de contradicción para su pueblo.

Y en aquella situación de angustia y dolor, la palabra de Jesús : "Mujer, ahí tienes a tu Hijo". Aquel hijo era Juan. El que antes había dejado todo por Cristo. Y, en Juan, estábamos todos nosotros, la Iglesia y la humanidad entera. La Madre perdía a su Hijo y desde ahora , en Juan, lo iba a encontrar en su Iglesia y en la humanidad. Perdía a su Hijo Santo y nos acogía, a nosotros, sus hijos pecadores. Y ,María, callaba y aceptaba. Repetía las mismas palabras que un día brotaron de su interior libre y profundo en Nazaret: "Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra: Soy la esclava del Señor".

Y en aquellos momentos se volvía a repetir el milagro de una humanidad nueva, gracias a la presencia nueva de un Dios cercano, y habitando desde dentro, nuestro mundo. María se convierte en mediadora de vida, en nueva Eva. Tener una madre y morir demuestran que el Hijo de Dios encarnado compartió en todo, y hasta el extremo, nuestra condición humana. Y, en María, lo humano y lo divino se funden en eterno abrazo. María es el espejo de la humanidad y de la Iglesia donde debemos mirarnos para llegar a Jesús.

Desde el silencio, desde el dolor y desde la aceptación de María se puede comprender mucho más profundamente por qué el Hijo, el Dios encarnado, vino a buscar a los pecadores, a los extraviados, a los alejados, a los pequeños, a los enfermos, a los sufrientes. Nada ni nadie, ni siquiera la enfermedad o el sufrimiento, nos puede separar del Amor de Dios, manifestado en el Hijo, por el Espíritu.

Al finalizar esta tercera palabra, recordamos una bella oración anónima:

*“ Cuando me llegue la prueba de dolor, como a Ti, María,
cuando suframos el fracaso y el olvido,
cuando palpemos los desengaños y el cansancio de la vida,
cuando nuestra fe se debilite o se apague el color de la vida,
danos el regalo de tu presencia y la certeza de que Tú sigue siendo nuestra madre ”.*

Cuarta Palabra:- Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. Alrededor de la hora nona exclamó Jesús con fuerte voz: “Elí, Elí, lamá sabactaní?, esto es, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt. 27, 39-47; Mc. 15, 29-35)

Jesús, en esta cuarta palabra, es ya pura pobreza. Está desnudo, sin nada. Hasta su túnica la han sorteado. Ha perdido no sólo los bienes materiales, sino la misma libertad, el prestigio, la salud. Y, desde la total menesterosidad, grita. “ Padre, ¿Por qué me has abandonado?”

Palabras aparentemente desconcertantes en boca de Jesús: ¿cómo es posible que el Hijo de Dios, -Dios mismo- diga a su Padre: "¿por qué me has abandonado?" Un teólogo de nuestras días escribe con acierto: “Lo prendieron, lo juzgaron en un doble tribunal: religioso y político; por último lo clavaron en una cruz; nadie lo defendió; los suyos lo abandonaron. Cayó sobre El el peso y el poder de la ley religiosa y civil. Murió como morían los vulgares esclavos, los malditos: fuera del pueblo santo, fuera de la ciudad, excomulgado como un rebelde y blasfemo al que ni Dios mismo parece auxiliar... ¡Qué pocas veces hemos meditado lo que significó realmente y hasta el fondo la muerte para Jesús! Sócrates, por ejemplo, murió como un sabio bebiendo la cicuta y animado y sereno en compañía de sus discípulos. Los mártires guerrilleros zelotas del tiempo de Jesús, crucificados por los romanos, morían conscientes de recibir el paraíso prometido de Yahvé. Los sabios estoicos griegos demostraban a sus tiranos que morían siendo superiores a ellos. Pero pocas veces caemos en la cuenta, porque puede parecer

blasfemo o escandaloso, que Jesús murió de otra manera: su muerte no fue fácil ni bella. Los evangelistas, testigos de la misma, nos hablan de temblor y temor y de una tristeza mortal y angustiada de ánimo. Por eso se comprende humanamente que hasta sus mejores amigos, los discípulos, ante este aparente fracaso de su maestro, huyeran y lo abandonaran”.

Es dramático este grito de abandono de Jesús. El, que no hizo en su vida más que el bien, que sólo cumplió la voluntad del Padre, que siempre estuvo en comunicación íntima y directa con el Padre. Grita porque, como hombre, ya no puede más. Grita porque tiene necesidad del Padre. Grita para enseñarnos cómo actuar en las situaciones límites de la vida. Grita para que tengamos confianza y luz en el dolor, seguros de su compañía. Grita para que el hombre no tenga que gritar ya más. Grita para romper la desesperanza y el sin-sentido del sufrimiento. Jesús, con este grito, ha asumido todo grito de dolor y desesperación. Ha asumido también nuestros abandonos, nuestros dramas y desesperaciones, para que, cuando nos llegue el momento, tengamos en El a alguien que nos entiende y ayuda. Alguien que ha vencido toda negatividad. El grito profundo y sincero del Hijo -"Dios mío, Dios mío," ¿por qué me has abandonado?"- reflejó la situación radical a la que había conducido el pecado, el infierno, el vacío, el alejamiento y ruptura con Dios. En verdad, sólo en las profundidades del sufrimiento y de la desesperación se llega a palpar la gracia y el Amor que todo lo sustentan.

Como en otras palabras, también en ésta, se nos pide que sepamos responder a este grito de dolor que sigue siendo actual en tantos hermanos nuestros que sufren enfermedad, odio, desesperación, pecado... En ellos Jesús sigue diciendo al Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" La pasión de Jesús sigue siendo actual en nuestro mundo. Su abandono sigue aún.

“¿Quién se atreverá a restaurar la dignidad de los hermanos sufrientes?”

Virgen de los dolores y del Encuentro, nos remites a una inquietante pregunta: «¿Qué habéis hecho no sólo de mi Hijo sino de sus hermanos y mis hijos los hombres?».

Alguien ha escrito con maestría, haciéndose eco del salmo 21,

*No es lo peor esta cruz horrorosa,
no es lo peor el cáncer, la silla de ruedas,
la cárcel injusta, la tortura,
la exclusión o la pobreza.*

*Lo peor es el vacío del alma, el sin-sentido,
la tiniebla y el no encontrar esperanza.*

No saber para qué luchar y la duda radical de la existencia.

Y, entonces, nace la pregunta. La misma que un día lanzó Cristo:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Acércate, por favor, Señor, y repítame una vez más:

*“Hijo mío, no temas; tu lucha y tu dolor son semillas
que tienen valor de vida nueva”.*

Quinta palabra: Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: “Tengo sed” (Jn. 19, 28-29)

Jesús también dijo: "Tengo sed". Muy pocas cosas, en verdad, pidió Jesús mientras vivía. Pero dos veces mostró sed: en conversación con la Samaritana y, ahora, en la cruz. ¿De qué tiene sed, el Señor? Jesús tenía sed de agua. Había sufrido mucho. Estaba desangrado, deshidratado. Físicamente pedía un poco de agua.

Pero Jesús tenía-y sigue teniendo- sed de amor y de respuesta. Es propio del corazón humano la sed de amor. No somos felices mientras alguien no nos ame. en profundidad

A Jesús le sucede lo mismo: quiere nuestro amor, nuestro "sí". No porque El lo necesite, sino porque nos quiere regalar el gran don divino: participar del mismo amor del Dios Trino.

Jesús tiene sed de que recobremos nuestra verdadera libertad y dignidad. "La gloria de Dios es que el hombre viva"

El Señor tiene sed de ti, de mí, de cada uno de nosotros. Cristo se quejaba a Santa Margarita María de Alacoque: "Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres y en respuesta sólo recibe ultrajes y desprecios".

Hemos abandonado las fuentes de la verdadera vida para ir a beber a aljibes que no tienen agua o es sólo agua estancada. Cristo tiene sed. Más bien, somos nosotros los que tenemos sed de Dios y del amor verdadero. Y es Cristo quien nos da de beber. Sólo El nos sacia.

*"Dame Señor sed del amor más puro,
del agua del Espíritu y de tu gracia,
del manantial y la fuente que no se agotan;
concédeme, Señor, beber de la roca de tu costado
y saber señalar a los hombres dónde esta el agua verdadero".*

!Qué bien y con qué sinceridad lo expresan estas palabras en forma de oración, de una enferma de nuestros días!:

"Señor, hoy en mi enfermedad y sufrimiento no te grito "¿por qué me has abandonado? ¿por qué me mandas esto? ¿Qué pecado cometí? ¿Por qué no lo remedias?", sino más bien me fío y te digo: "Señor, sé que esto te duele como a mí me duele o más que a mí; sé que tú me acompañas y me apoyas aunque muchas veces no te sienta o no te comprenda"... Señor, hoy no te grito, sino que te doy gracias.

Sexta Palabra: Cuando le dieron a beber a Jesús el vinagre dijo: "Todo está cumplido" (Jn. 19, 30)

¡Qué frase tan breve y qué profunda! Jesús ha realizado su misión; tenía treinta y tres años y ya había cumplido todo. Como refiere San Juan en su Evangelio "ha llevado a término la obra encomendada" (Jn 17,4); ha llevado a cumplimiento la voluntad y el designio del Padre; ha llegado a la meta y ha consumado todo. Ha dado todo lo que tenía que dar. Se ha dado a él mismo por entero.

Sus paisanos decían de El: "Todo lo ha hecho bien".

Todo lo que el Padre le ha encomendado, lo ha cumplido. El, al encarnarse, dijo: "Vengo a hacer tu voluntad". Y, en estos momentos finales, puede decir: "Padre, he hecho lo que me encargaste; todo lo he cumplido; tu obra se ha realizado".

En el misterio de la pasión resuenan, como nunca, las palabras que marcan toda una vocación y una existencia: "He venido a cumplir la voluntad de mi Padre".

El Hijo encarnado y redentor ha asumido toda nuestra condición para "divinizarla redimiéndola, para sanarla, para transfigurarla y hacerla divina". El mal, la enfermedad, el sufrimiento y el dolor, lo negativo en todas y cada una de sus formas, no tienen ya la última palabra.

Desde El, la primera, y definitiva palabra, es la Vida, el amor solidario.

Alguien ha recordado recientemente: «Se ha dicho con toda justicia: Cristo no nos ha dejado ni una sola línea escrita, como sí hizo Platón con sus Diálogos. No nos ha transmitido una Tabla con una ley, como sí hizo Moisés. No ha dictado el Corán, como hizo Mahoma. Tampoco fundó una orden religiosa como Buda. Pero sí dijo: "Yo me quedo con vosotros hasta el fin de los tiempos." En eso consiste la experiencia más profunda del cristianismo». Y ese quedarse para siempre del Hijo con nosotros tiene que ver con la Eucaristía. La Eucaristía, sacramento de la pasión, muerte y resurrección del

Hijo, es el espejo donde se debe contemplar el secreto de lo creado, el secreto de la victoria sobre el mal y la negatividad.

Sexta palabra: Todo está consumado, todo lo ha hecho bien. Cada uno de nosotros, como Cristo, tenemos una vocación y misión que cumplir. Esta sexta Palabra es como una invitación a llevar a feliz término la misión misma de Dios. A colaborar con El. A responder a nuestra llamada: ser perfectos como el Padre Dios lo es. Y a transformar todo desde la realidad de Dios. Me hago eco de la oración de un joven cristiano, que nos recuerda las palabras del poverello de Asís:

“Señor, concédeme que donde haya corrupción, ponga Espíritu;
donde haya violencia, ponga ternura;
donde haya odio ponga amor;
donde haya división, ponga comunión;
donde haya desencanto, ponga esperanza;
donde haya tristeza, ponga alegría;
donde haya miedo, ponga fortaleza;
donde haya egoísmo, ponga solidaridad;
donde haya vacío, ponga plenitud;
donde haya soledad, ponga cercanía;
donde haya duda, ponga fe;
donde el sufrimiento y el dolor apaguen el sentido,
ponga a Cristo”

En esta sexta palabra resuena la oración de Carlos de Foucauld: Padre me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras. Sea lo que sea te doy gracias. Estoy dispuesto a todo. Lo acepto todo con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo más Padre. Te ofrezco mi alma. Te la doy con todo el amor del que soy capaz. Porque te amo y necesito darme. Necesito ponerme en tus manos sin reserva, con una infinita confianza. Porque tú eres mi Padre.

Séptima y última Palabra: Jesús, dando un fuerte grito dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu “. Y dicho esto, expiró (Lc. 23, 44-48)

Después de decir que “todo se ha cumplido” e incluso después de decir al Padre, “¿por qué me has abandonado?”, grita Jesús lleno de confianza: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Al final, la paz, porque todo estaba cumplido. Al final la confianza total. En el umbral de la muerte Jesús se arroja totalmente en las manos y en el corazón del Padre. Jesús está seguro que el Padre le ama y no lo abandonará en la desesperación y en la muerte. Dios no abandona al Justo. La muerte no es el final. Y se entrega en los brazos del Padre: para que haga de él lo que quiera. El Padre, que siempre escucha la oración de sus hijos, no puede desamparar a su Unigénito, sino que lo resucitará y le dará un Nombre-sobre-todo-nombre. Hará que de su muerte surja la Vida y se renueve la humanidad, y venga el Espíritu que todo lo hace nuevo.

La pasión y muerte de Cristo son solamente pasos para la Vida, para la Resurrección, para el triunfo definitivo. Cristo espera radicalmente en el Padre.

Esta séptima y última palabra nos recuerda que la Pasión y muerte del Señor están clavadas en el corazón de la Trinidad y del pueblo. El dolor y la muerte necesitan luz y resurrección. La muerte no puede hacernos olvidar la vida.

Este pregonero se queda ya casi sin palabras. De nuevo, sólo el verso y la prosa poética, con pudor y temblor, aciertan a expresar unos sentimientos sinceros, en forma de oración y provocación.

El agónico Unamuno supo escribir: “Tú que callas para oírnos, Oh Cristo crucificado, oye de nuestros pechos los sollozos; acoge nuestras quejas, los gemidos de este valle de

lágrimas. Clamamos a Ti, Cristo Jesús, desde la sima de nuestro abismo y miseria humanos; y Tú, que eres de la humanidad la blanca cumbre, danos las aguas de tus nieves. A Ti, que eres la Viña, pedimos el vino que consuela. A Ti, luna de Dios, la dulce lumbre que en la noche nos diga que el sol vive, nos ilumina y nos espera”. León Felipe, poeta de la luz y del llanto, de la oración y de la blasfemia, se atrevió a gritar: “cuando el hombre pregunta “quién soy yo y ya nadie responde, sólo queda mirar al Cristo. Cristo es el hombre, la sangre del hombre, la sangre de todo hombre. Y esto lo afirmo desde el llanto capaz de ganar la Luz”.

El gran S. Agustín, enamorado de su Señor, se atreve a exclamar:

“Cristo es fuente de vida: acércate, bebe y vive. Es luz: acércate, ilumínate y ve. Sin su gracia estarás árido. Cristo trabaja en ti, tiene sed de Ti, tiene hambre en ti y padece tribulación. Y aún El muere en Ti, y tú estás resucitado en El”.

Estamos en la Semana Santa, en nuestra Semana Grande. Agudicemos los ojos del corazón mirándole sólo a El, el Señor de la Vida, del Cosmos y de la Historia, el Hijo de la misericordia entrañable. En este año del Gran Jubileo, “no tengamos miedo, abramos nuestro corazón y nuestras entrañas a quien nos conoce mejor que nosotros a nosotros mismos, a quien nos puede limpiar y alumbrar de nuevo”.

Sólo así podremos entonar el pregón pascual. Y, con el Espíritu del resucitado, que hace nuevas todas las cosas, decir: “¡Creemos en la vida, en la justicia, en la alegría, en la esperanza, en la fraternidad y en la solidaridad, en la humanidad y en la creación nuevas”

Entonces, unidos a los jóvenes de Taizé cantaremos un himno con sabor a no gastado:

*“El Cristo resucitado viene a animar una fiesta
en lo más íntimo del corazón humano.*

Nos prepara una primavera para la Iglesia y para la humanidad.

*Una humanidad más fraterna y con imaginación y valentía suficientes para abrir
caminos de reconciliación, paz y justicia.*

Una humanidad en la que el hombre ya no sea víctima del hombre”.

Finalizo estas siete palabras cantando con el escritor José Cabodevilla un himno de utopía y esperanza:

*Porque Cristo resucitó y es el Hijo
creemos en el Padre y en los hermanos.*

*Porque Cristo resucitó y es vida
creemos en la vida y no en la muerte.*

*Porque Cristo resucitó y es el camino
creemos en el futuro y no en el miedo.*

*Porque Cristo resucitó y es la paz
creemos en la paz y no en la guerra.*

*Porque Cristo resucitó y está en los pobres
creemos en la justicia y no en la opresión.*

*Porque creemos que Cristo resucitó y está en la comunidad
creemos en la unidad y no en la división.*

*Porque Cristo resucitó y se apareció a Pedro
creemos en una Iglesia confiada a hombres pecadores.*

*Porque Cristo resucitó y nos da su Espíritu
creemos que somos hijos amados para siempre.*

A partir de la resurrección del Hijo de Dios podemos exclamar con Pablo, el apasionado enamorado de Jesucristo: “Ninguno de nosotros vive ya para sí mismo.. Si vivimos,

vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos de Dios” (Rom 14,7 ss).

A partir de la resurrección del Hijo de Dios podemos hacer la experiencia de Emaús en “clave de camino sinodal”: Cristo saliéndonos al encuentro; caminando a nuestro lado; iluminando nuestras sombras; compartiendo la Palabra y el Pan cotidianos, y enviándonos como evangelizadores y sembradores de esperanza. Ojalá que así sea.
¡¡Feliz y fecunda experiencia de muerte y resurrección; felices y santos días de gracias redentoras y salvadoras para todos!!